

# ACONCAGUA

En 1987 un grupo de nuestro club, Centro Excursionista Moncayo, fuimos al Kilimanjaro (5.895 m.) donde experimentamos por primera vez el contacto con la altura. Esta montaña está organizada para, en cinco días, subir y bajar desde Marangu Gate (1980 m.) y las consecuencias de un ascenso rápido, 1000 m. por etapa sin la adecuada aclimatación, se hacen notar. Cefalea, inapetencia, nauseas, algún vomito, los sufrimos todos con mayor o menor intensidad al llegar a Kibo Hut (4750 m.). Pese a ello conseguimos hacer cima seis de los nueve componentes del grupo.

A la vista del resultado, cuerpo y mente nos pedían más. Más alto, más lejos y el Aconcagua era la elección. Fue la evolución lógica.

He estado tres veces en el Aconcagua: 1990, 2006 y 2011.

La primera vez, febrero de 1990, fuimos un grupo de cuatro personas. Esta vez sí que pudimos hacer una aclimatación correcta. No teníamos fechas prefijadas ni guías obligándonos a cumplir un ritmo de etapas quieras o no. Hicimos una aclimatación adecuada, la climatología nos fue favorable pero, aun así, solo dos de los cuatro hicimos cima.

¿Que había pasado? Los cuatro hicimos la misma aclimatación, los mismos porteos, la misma ascensión en dientes de sierra, comido lo mismo....pero dos no pudieron subir. ¿Por qué? Es cierto que uno era "mas grande" (193 cm. 100 kg.), mas musculoso y que el otro, talla "estándar", quizá no estaba suficiente motivado y a la primera dificultad se rindió. Estuve dándole vueltas a esto algún tiempo después y no encontraba respuestas.

En lo que a mí respecta, esta ascensión aumentó mi autoestima. Mi segunda expedición, mi segunda cima, mi segundo "record" personal de altura, no se puede pedir más. Y me había encontrado razonablemente bien.

Me gusto esta montaña y pensé que sería un buen lugar donde volver.

Mi segundo viaje al Aconcagua, enero 2006, fue diferente. Éramos un grupo más numeroso (6 personas) más heterogéneo, entre 21 y 49 años. Íbamos con 21 días y con un proyecto diferente: dar la vuelta completa al Aconcagua, entrar por el valle de Vacas y salir por el valle de Horcones. Esto supone hacer tres etapas más de las habituales por la ruta normal.

La expedición fue bien, todo se desarrollo según lo previsto pero tres días, y sus noches, atrapados por el fuerte viento en Pza. Cólera (6000 m.) hicieron que, al amainar un poco, dos de los compañeros iniciaran el regreso al campo base de Pza. de Mulas (4300 m.). Al día siguiente, con el viento algo más calmado y en el último día disponible, iniciamos el ataque a cima con el añadido de tener que descender después directamente hasta campo base de Pza. de Mulas. Los jóvenes marcaron su ritmo, intentamos seguirlos....¡¡¡ERROR!!!

Al llegar al refugio Independencia (6400 m.) ya estábamos agotados y optamos por regresar para poder estar en el campo base a una hora prudencial. Los jóvenes sí que hicieron cima y llegaron a Pza. de Mulas a la hora de la cena. Muy cansados, eso sí.

La tercera vez, en enero 2011, fuimos un grupo reducido, tres personas. Íbamos muy motivados y estábamos fuertes. Iniciamos la ascensión por la ruta normal del valle de Horcones pero teníamos 22 días, tiempo más que suficiente. La ruta ya era conocida: Puente del Inca, laguna Horcones, Confluencia, Playa Ancha, Cuesta Brava y, por fin, Pza. de Mulas.

La aproximación fue bien: 1ª etapa hasta Confluencia; 2ª etapa un día de descanso activo con subida hasta la base de la cara Sur (4100 m.); 3ª etapa hasta Pza. de Mulas. Al tercer día de estancia en el campo base, uno de los compañeros no se encuentra bien. Ha pasado las tres noches que llevamos en este campamento durmiendo poco y mal, le cuesta respirar. Una visita al servicio médico del campamento termina por afianzar su decisión y emprende el regreso. El resto continuamos, fuimos cumpliendo el plan de ascenso paso a paso: subir alto, dormir bajo, descansar. Poco a poco ganando altura hasta conseguir hacer cima y regresar.

Otra vez un abandono. Otra vez algo que no veíamos ni tocábamos obliga a alguien a abandonar un sueño, un proyecto bien elaborado. Esta vez tenemos la sospecha de que nuestro amigo pilló algo de frío, tuvo un incipiente catarro con síntomas que pasaron desapercibidos pero que se complicó.

¿Qué pasa en este lugar?, ¿que nos ocurre?...

Somos gente que nos gusta la montaña. Hemos ascendido las principales cimas de nuestro entorno, a las más altas y emblemáticas cimas del Pirineo, hemos hecho alguna incursión a Alpes, seguramente con ascenso al Mont Blanc (4810 m.) incluida, y no nos ha ocurrido nada. ¿Por qué aquí nos sentimos tan mal?

La altura o, mejor dicho, los problemas derivados de la estancia en altura, es una factura que todos los que estamos expuestos podemos pagar. No existe un patrón regular, es una probabilidad que existe en alta montaña. Que sea algo más o menos llevadero dependerá, aparte de nuestra propia susceptibilidad, de cómo hagamos las cosas.

En su momento todos los compañeros de cada expedición pasamos por lo mismo. Todos nos planteamos un reto, el ascenso a una gran montaña, y todos nos preguntamos cómo nos afectará la altura.

Desde tiempo atrás tenemos abundante información al respecto. Muchos y buenos estudios sobre el tema y nosotros, gente de ciencia y montañeros, nos los sabemos casi todos. Los hemos oído y leído varias veces en los más diversos foros pero pese a todo tenemos que pagar esa factura, tenemos que "pasar por caja" y la primera vez que

entramos en contacto con la gran altura nos sorprende lo que sentimos pese a haberlo estudiado repetidamente, ya que lo sentimos en nosotros mismos.

¿Porque el Aconcagua? ¿Que nos aporta? ¿Que la diferencia de otras montañas?

El Aconcagua es una gran montaña que nos ofrece diferentes rutas: Oeste, Sur, Glaciar de los Polacos, etc. Es la más alta del continente americano, de los dos continentes, una de las "7 cimas". Es una montaña deseable y, desde luego, deseada. Una montaña hermosa, de una árida belleza que en la temporada habitual, enero-febrero y por la ruta normal carece, o casi, de problemas técnicos y que se nos presenta como una primera elección a la hora de hacer planes.

Es un buen laboratorio donde experimentar, donde probarnos a nosotros mismos.

Es una montaña muy urbanizada, con un cómodo acceso y organizar una expedición al Aconcagua es fácil, bastan un par de llamadas y/o mails. Podemos contactar con alguna de las agencias españolas de viaje-aventura que organizan viajes, con o sin guía, todos los años o bien contactar directamente con alguna de las agencias locales, las hay muy buenas, que nos ofrecerán todos los servicios al menos hasta campo base. La alta frecuentación de esta montaña ha hecho que las agencias ofrezcan a sus clientes todo tipo de servicios para hacer la estancia agradable: tiendas instaladas con cómodos colchones, comida hecha por cocineros profesionales, bar, internet, duchas calientes, gestión de residuos, etc... Además el Parque Nacional del Aconcagua tiene en cada uno de los campos base de la montaña un servicio médico al que se aconseja acudir, y que es muy solicitado.

También podemos ir por nuestros propios medios, sin contar con ayuda externa y así poder decir que lo hemos hecho todo nosotros y de paso añadir que somos más Quijotes que nadie.

Eso sí, esto no nos libra de pagar el permiso de ascensión, entre 300 y 750 \$ USA según temporada baja-alta (año 2011).

Aquí podemos centrarnos casi exclusivamente en hacer nuestra ascensión tal y como la hemos preparado. Observar, en nosotros y en los demás, como nos afecta la altura y como nos sentimos, como vamos respondiendo físicamente.

Todo esto es lo que diferencia al Aconcagua de otras grandes montañas. Es por ello que suele ser el primer gran objetivo que nos marcamos.

Si además de que el cuerpo nos aguanta, tenemos suerte con la climatología, hasta podemos regresar con la cima.





